

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## Una historia de Halloween

Babette y Antón eran hijos de un pobre leñador. Vivían en una pequeña casa en las montañas, cerca del bosque. Babette y Antón eran niños felices y nunca pensaban en su pobreza. Su padre y su madre, sin embargo, se preocupaban mucho.

—No tengas miedo, madre —decía Antón—. Pronto iré a la escuela. Y el huerto da mucho. Cuando sea un gran estudiante, dejaremos de ser pobres. Papá tendrá una yunta de bueyes y tú un vestido de raso. Y Babette tendrá una preciosa colección de muñecas

—¡Creo que sería mejor que te conviertas en fabricante de juguetes! Eres muy bueno en eso, hijo mío —dijo la madre.

Antón hacía barcos con trozos de madera que eran tan bonitos como los de la tienda. También talló la cuna de una muñeca en madera de pino. Hizo la muñeca con un nabo que pintó tan bien que parecía la cara de una hermosa niña. Le hizo el pelo con hilos de maíz dorados y su vestido, hecho con hojas de col joven, era de un verde precioso.

Cuando esta muñeca empezaba a marchitarse, Antón hacía una nueva que, según su hermana, era siempre más bonita que la anterior. Babette nunca había estado en el pueblo y no sabía nada de muñecas de verdad.

Una noche de Halloween, Antón estaba tallando faroles de calabazas. Quería venderlas en el pueblo. Babette se sentó con él. Como sólo tenía seis años, no sabía nada de la diversión de Halloween. Escuchaba con ojos de asombro a Antón, que lo sabía todo sobre los faroles de calabaza. Cuando se enteró de que niños y niñas, disfrazados de brujas y duendes, recorrían las calles, decidió que ella también quería hacerlo.

—¡Debe ser muy hermoso! — gritó, aplaudiendo—. Halloween debe ser como Navidad.

—No es tan bonito como Navidad, pero Halloween es una fiesta muy divertida —dijo Antón. Cuando los faroles estuvieron listos, Antón los apiló en su carro para venderlos en el mercado.

—Vamos a la ciudad, Antón — gritó Babette—. Mamá puede hacernos vestidos de duendes, y todavía hay una calabaza

grande en el jardín para hacer un farol. ¡Oh, qué bien lo vamos a pasar!

—¡Babette! —exclamó Antón sorprendido—. Mamá no tiene tiempo para hacernos vestidos de duendes, y aunque quisiera, no tiene tela. Además, ¿cómo encontraremos el camino a casa en la oscuridad a través del bosque?



—Tú conoces el camino a través del bosque, ¿verdad, Antón? —insistió Babette—. Y si mamá no puede hacernos vestidos de duendes, podemos ir sin ellos. Estará oscuro y nuestro farol será tan bonito como los demás. Venga, vamos, por favor, nunca he ido a una fiesta de Halloween —insistió.

Babette estaba acostumbrada a salirse con la suya y empezó a llorar aún más fuerte. Como no paraba de llorar, él exclamó:

—Si dejas de llorar ahora mismo, organizaré una pequeña fiesta de Halloween para ti y para mí.

Babette se secó las lágrimas y prometió que realmente quería una fiesta de Halloween, ya fuera en casa o en el pueblo. Al día siguiente, ayudó a Antón con las verduras para el mercado y vio cómo recogía la última calabaza del huerto. Cuando la calabaza estuvo lista, Antón encendió la vela por unos instantes. Babette aplaudió de alegría, pero Antón le dijo que la fiesta de Halloween tenía que permanecer en secreto. Después de cenar, los niños se pusieron los camiones sobre las chaquetas en lugar de desvestirse.

—Nuestros camiones son como vestidos de fantasmas —susurró Antón. Cuando todo quedó en silencio, salieron sigilosamente.

—Mira, la calabaza nos sonrío —rio Babette. Estaba muy contenta porque la aventura de Halloween estaba a punto de comenzar. Antón encendió una cerilla, pero el farol de calabaza no tenía vela.

—Estoy seguro de haber puesto una vela —dijo sorprendido. Buscaron en la oscuridad y encontraron los restos de su preciosa vela debajo del sofá.

—¡Oh, Babette! —exclamó—. ¡Una rata malvada nos ha robado la vela, y he pagado un penique por ella!

—¡Esas ratas desgraciadas! —exclamó Babette, rompiendo en llanto. Dio un pisotón y dejó que el farol de calabaza rodara por el sofá. La calabaza cayó con un ruido sordo al suelo y su nariz quedó ligeramente abollada.

—¡Babette, mira lo que has hecho! —exclamó Antón. Se agachó para recoger la calabaza, pero ésta era demasiado rápida para él.

—No podrás atraparme —rio la calabaza—. Babette me hizo una abolladura en la nariz, pero eso no importa en una fiesta de Halloween. ¡Adiós a los dos! —dijo suavemente y rodó rápidamente colina abajo.

—¡Ven aquí! Tú eres mi calabaza —llamó Antón, y persiguió a la calabaza fugitiva. Babette lo siguió.

—¡Oh, mi fiesta de Halloween! ¡Mi fiesta de Halloween! —se lamentó Babette—. Ahora no tenemos ni vela ni farol de calabaza.

—Espera a que ruede hasta el huerto —gritó Antón mientras seguía persiguiendo a la calabaza—. Se detendrá en la cerca —y efectivamente, cuando la calabaza llegó a la cerca, dio un gran salto y aterrizó directamente en el huerto.

—¡Vamos, deprisa! Vamos, zanahorias, ¡vengan! —gritó la calabaza mientras rodaba. Al oír sus palabras, las zanahorias y los nabos se desprendieron de la tierra y salieron gritando tras él.

—¡Vamos, vamos! —gritó la calabaza, ahora a las chirivías y las remolachas, y éstas también siguieron a las zanahorias y los nabos.

—Mira cómo intenta atraparnos Antón —gritó la calabaza, y todas las demás hortalizas se dieron la vuelta y se rieron burlonamente.

—¡Puedes ser el jefe en las noches normales, Antón — gritaron—, pero no en Halloween! ¡Esta es nuestra noche!

—Pues espera a que te atrape y veremos si sigues riéndote —gritó Antón enfadado. Al ver cómo destruían su huerto, se enfadó mucho.

—Tendrás que atraparnos primero antes de poder castigarnos, ¿verdad, Antón? —respondieron burlonamente.

—¡Hurra, es Halloween, hurra, es Halloween! —cantaba la calabaza mientras daba vueltas. Las otras verduras dieron volteretas mientras corrían tras ella. Antón casi se puso a llorar al pensar en su pérdida, pero no era un niño que se rindiera fácilmente.

—¡Atrápame si puedes! —cantó la calabaza mientras los conducía a una puerta que llevaba a un bosque subterráneo. Los nabos y las zanahorias se escurrieron hacia el interior. Cuando Antón y su hermana llegaron a la puerta, una tosca papa intentó golpearle en la cara. Pero Antón era más rápido y treparon, con mucho dolor y esfuerzo, por la puerta y entraron en el bosque subterráneo. Continuaron la persecución, pero aquí el suelo era muy saltarín y elástico.

—Los alcanzaremos —dijo Antón. Entonces una papa le golpeó el dedo del pie y Babette la atrapó. Se retorció para soltarse, pero Babette la sujetó con fuerza.

—¡Ayuda, socorro! Espérame, calabaza —gritó con fuerza la papa. Ante sus gritos, la calabaza se dio la vuelta y todas las demás verduras la siguieron.

—Escucha —habló la calabaza con convicción—, danos una noche libre, al fin y al cabo, Halloween es nuestra noche.

La calabaza se movió alegremente de un lado a otro y rio con una amplia sonrisa. Antón se sintió inclinado a dejar marchar a su cautiva, pero entonces volvió a pensar en su huerto arruinado y se enfadó de nuevo.

—Está bien que de repente seas tan educado y ruegues por la vida de tu amigo —dijo Antón—, pero ese amigo acaba de intentar pegarme en la cara hace unos segundos.

—Eso estuvo mal —gritó la papa—. Pero eso fue hace unos segundos, no ahora.

—Cállate ya —gritó la calabaza—, así no vas a conseguir nada, papa. Suéltalo por mí, Antón —continuó en tono atractivo—. Estarías cansado de estar siempre en la cama y no poder salir nunca, ¿verdad?

—Pero calabaza —respondió Antón—, piensa en mi huerto, lo han destruido. Ahorraba todo el dinero de las verduras para ir a la escuela, y ahora nunca podré ir. Además, ¿cómo iba yo a saber que estabas cansado de estar siempre en un huerto? Nunca me habías hablado.

—Te estoy hablando ahora —respondió la calabaza—, y en cuanto a tu huerto, lo arreglaremos, ¿verdad, chicos?

—Claro que lo haremos —gritaron los vegetales al unísono, siendo la papa la que más fuerte gritó.

—¿Ves? No queremos hacer daño, pero es la fiesta de Halloween —dijo la calabaza—, así que deja ir a la papa. Al oír las palabras mágicas “fiesta de Halloween”, Babette soltó la papa. Ahora iba a divertirse y las verduras parecían estar disfrutando. Así que se hizo la paz y los niños caminaron en procesión entre las cebollas y los nabos. De repente, una docena o más de coles se unieron a la procesión.

—Son un buen grupo —jadeó la col—. Estuvimos esperando todo el tiempo en el almacén y los vimos corriendo colina abajo como locos.

—¡Santo cielo! —dijo un repollo muy robusto, que estaba sin aliento—. Tendré que quitarme las hojas exteriores antes de dar otro paso. Me siento como si ya me hubieran cocinado.

La procesión continuó mientras cantaban alegres canciones. De repente, unos grandes gatos negros salieron de detrás de los árboles. Cada gato iba acompañado de su ama, que no era más que una auténtica bruja con sombrero alto y escoba. El repollo presentó a Antón y Babette a las brujas y éstas disfrutaron conociendo a los niños.

—No parecen brujas malas, ¿verdad, Antón? —susurró Babette.

—Oh, querida —dijo una bruja que la escuchaba—, en Halloween no somos malas. Cualquiera otra noche, probablemente te haría daño. Es mi naturaleza —y sacó

una menta de su bolsa y se la dio a Babette, que se la comió enseguida.

—No hagas eso, querida —la regañó una bruja—. Es raro que las brujas den pastillas de menta, y cuando lo hacen, debes guardarlas y mantenerlas a salvo. Aquí tienes otra para que la guardes —Babette hizo una reverencia de gratitud tan hermosa que la bruja la llevó a dar un paseo en su escoba.

Era la compañía más feliz que puedas imaginar. Cada verdura cantaba su propia canción de Halloween.

Babette voló, con su camisón blanco ondeando al viento, en la escoba de la bruja y cantó tan alto como el resto. Luego llegaron a la pista de baile, iluminada por millones de luciérnagas. Una orquesta de diez mil ranas entonaba alegres melodías. La calabaza tomó un puñado de luciérnagas y se las metió, como luces, en la cabeza, y exclamó:

—¿Listos para el baile?

En lugar de buscar pareja de baile, las verduras saltaban alegremente. Antón se reía mucho. Las brujas bailaron su propio baile de brujas, y Babette bailó tan fuerte que su pelo voló alocadamente alrededor de su cabeza.

—¡Ven a bailar, Antón! —gritó Babette, mientras saltaba junto a su hermano, pero éste negó con la cabeza y se echó a reír.

—Soy demasiado mayor para estas tonterías —dijo—.

Tengo diez años, ¿sabes?

—Qué tontería, diez años es la edad adecuada para divertirse —gritó una bruja que pasaba volando. Y antes de que Antón se diera cuenta, él también estaba en la

pista de baile. Su calabaza era la más bonita de todas, y estaba muy orgulloso.

—Vamos a jugar a la gallinita ciega —gritó Antón—. Les enseñaré cómo se hace.

Se ató un pañuelo a los ojos; a las verduras les gustó tanto que sólo querían jugar a este juego, pero entonces sonó de repente el canto de un gallo.

—¡Válgame Dios! —exclamó una bruja—. Se han apagado todas las luciérnagas. Es casi de día. Quien tenga que volver al huerto, mejor que se vaya ya mismo.

—¡Yo no! —gritó la Calabaza—. He terminado con ese lecho de verduras para siempre.

—Nosotras tampoco. Nos convertiremos en coles silvestres —gritaron las coles. E inmediatamente todas las verduras empezaron a levantar la voz y a declarar que no volverían al huerto.

—¡Silencio, todos! —gritó la bruja—. Quédense en el bosque el resto de sus vidas si quieren. No me importa, pero Antón y Babette tienen que irse. Tienen que irse a casa.

—Bueno, señora —respondió la calabaza con una reverencia—, pensamos que sería tan amable de llevarlos a casa en su escoba.

—¡Pero calabaza! —exclamó Antón conmovido—. Prometiste compensarme si soltaba la papa. Así que creo que todos tienen que venir conmigo. No tendré verduras si todos se quedan en el bosque.

—No te preocupes por eso, Antón —dijo solemnemente la calabaza—. Aquí tienen una bolsa de oro para cada uno.

—No volveremos a la granja —volvieron a gritar las coles, y rápidamente empezaron a cavar agujeros en el suelo. Antes de que Antón y Babette se subieran a la escoba, todas las zanahorias, las coles, los nabos e incluso la calabaza estaban metidos en la tierra arenosa.

—Ha sido el desfile de Halloween más bonito de la historia —dijo Babette antes de quedarse dormida sobre Antón.

La escoba voló rápidamente por el aire. Las estrellas se apagaron a su paso. El gato negro que iba sentado delante parecía conocer el camino hacia la cabaña del leñador. Justo antes del amanecer, el palo de escoba pasó deslizándose por delante de la ventana de Babette, y ya estaban en casa.

—¡Este palo de escoba es tan salvaje que no puedo detenerlo, así que dejo atrás al gato! —gritó la bruja desde las nubes—. ¡Cuida bien de mi gato hasta el próximo Halloween!

Antón acostó a Babette e hizo una cama cómoda para el gato negro en la cocina. Luego se fue a dormir y soñó con la fiesta de Halloween hasta que lo despertó su madre.

—Ven, Antón —lo llamó—. Tengo buenas noticias. Hay un gran gato negro en la ventana. Un gato así, que viene a vernos en Halloween, seguro que nos trae mucha suerte. Levántate, es hora de ir al mercado con tus verduras.

—Mis vegetales se han escapado al bosque —murmuró Antón—. Pero eso no importa porque aquí hay una bolsa de oro. El gato es de la bruja que nos trajo a casa.

Déjame dormir, madre. Estoy cansado de la fiesta de Halloween.

Su madre miró en la bolsa y exclamó:

—¿Dónde has estado para acumular tanta riqueza?

Antón le contó toda la historia.

El leñador y Babette vinieron corriendo a ver qué había pasado, y al ver la segunda bolsa de oro, la pobre mujer se tranquilizó. Babette mostró la menta que le había dado la bruja, y la madre ya no dudó.

—Recibir una menta de las brujas es un gran favor — dijo, riendo entre lágrimas—. Pensé que estaba soñando o que Antón tenía fiebre. Nunca había visto tanto oro.

—¿Y no es como yo decía? —exclamó la mujer—. Un gato negro que viene en Halloween nos traería mucha suerte, ¡y aquí ya está la suerte!

En aquel momento, no había familia más feliz que la del leñador. Cuando la gente del pueblo se enteró de que el leñador buscaba bueyes, se rieron de él. Era demasiado pobre. Pero cuando se supo que la mujer del leñador se había comprado un vestido nuevo y un anillo de oro, empezaron a preguntarse si la familia había recibido una herencia. Antón contó la historia de su riqueza.

Inmediatamente, los niños lanzaron sus calabazas al aire, pero éstas se rompieron al tocar el suelo. Después de todo, ya no era Halloween. La gente del pueblo hablaba de la familia del leñador y los miraba con recelo, pero era un hecho que había dos bolsas de cuero con oro. El mayor milagro era que, aunque compraran cosas, las bolsas siempre permanecían llenas de oro.

Antón compró patines y muchos libros. Babette no quería muñecas de la juguetería. Eran demasiado feas, decía. Sus mejillas no eran tan rosadas como las muñecas que hacía Antón.

El leñador y su mujer nunca volvieron a ser pobres. Antón fue a la escuela y Babette consiguió un precioso vestido bordado. Mamá iba con papá en el carro de bueyes por el pueblo. A veces incluso tomaba el té con la mujer del alcalde. Visitantes de todas partes acudían al famoso lugar donde las verduras de Antón se escaparon en Halloween. Hasta hoy, nadie ha podido cultivar nada allí. Pero en un lugar del bosque cercano crecen coles, calabazas y muchas otras hortalizas silvestres.

Y todos los años, cuando era Halloween, Antón y Babette se subían a la escoba de la bruja y se iban a la fiesta de Halloween. Allí veían a la calabaza, que cada año engordaba más. Siempre volvían a casa al amanecer. El gato negro quería tanto a Babette que se quedó con ella. Trajo mucha suerte a la familia para siempre.